



Catedral Nuestra Señora de la Pobreza - Pereira

El civismo en Pereira o la pregunta sobre la vigencia del pasado en el presente

SÍNTESIS

La celebración del sesquicentenario de Pereira es un buen pretexto para reinterpretar la historia de los procesos cívicos en la relación dialéctica del pasado y el presente, tensando un hilo histórico-hermenéutico-crítico, con el fin de comprender las formas como en su momento actuaron las elites y organizaciones cívicas de Pereira, para luego replantear los usos sociales del pasado, la excesiva mitificación de las gestas cívicas y determinar si las soluciones a las problemáticas contemporáneas se encuentran en el resurgimiento del espíritu cívico y el retorno a la edad dorada del civismo, o por el contrario, se debe optar por nuevas formas organizativas y de expresión ciudadana., como también de un mayor compromiso del Estado.

DESCRIPTORES: Sociedad de Mejoras Públicas, sociabilidades cívicas, control social, ciudadanía, formas organizativas.

Clasificación JEL: N01, J5, J78, O2

ABSTRACT

Pereira sesquicentennial celebration is a good pretext to reinterpret the history of civic processes in the dialectical relationship of the past and the present, tightening a critical-hermeneutic-historical thread, in order to understand the ways the elites and civic organizations acted by that time in Pereira, and then to rethink the social uses of the past, excessive mythologizing of civic deeds, and to determine if solutions to contemporary problems are in the resurgence of civic spirit and the return to the golden age of civility; or conversely, it must be opted for new organizational and citizenship forms, as well as a greater state commitment.

DESCRIPTORS: Public Beautification Society, civic sociability, social control, citizenship, organizational forms.

JEL Classification: N01, J5, J78, O2

El civismo en Pereira o la pregunta sobre la vigencia del pasado en el presente



Jhon Jaime Correa Ramírez¹

Citizenship in Pereira or the question about the validity of the past in the present

Primera versión recibida el 13 de Marzo de 2014. Versión final aprobada el 2 de Mayo de 2014.

Para citar este artículo: Correa Ramírez, Jhon Jaime (2013). "El civismo en Pereira o la pregunta sobre la vigencia del pasado en el presente". En: Gestión y Región N.º. 15 (Enero-Junio 2013); pp. 29-44.

INTRODUCCIÓN

El conocido sociólogo Zygmunt Bauman (2005), autor de la teoría de las sociedades líquidas, en su libro "Amor líquido" trata acerca de la fragilidad de los lazos humanos en las sociedades contemporáneas. Más allá del enfoque con el que este autor redimensiona los vínculos amorosos, nos pone de presente, una vez más, la importancia de pensar en los procesos de cohesión social, en la forma tan precaria como se estructuran los tejidos sociales en el presente, en los que priman más los temores hacia "el otro", hacia lo desconocido, hacia todo aquello que pueda amenazar el orden o que pueda poner en riesgo los valores y los moldes sociales tradicionales.

Se podría pensar que tanto en el ámbito individual del amor o de la intimidad, como en un plano mayor, trátase de la escala familiar, barrial o de un conjunto mayor, como sería la ciudad, se presenta una continua tensión entre seguridad y libertad. Reclamamos nuestro derecho a la autonomía, al libre arbitrio, pero nos asusta la soledad, y esto tiene mucha trascendencia en el ámbito de los imaginarios urbanos, en nuestras percepciones del orden, el cambio social y la diversidad cultural, llevando a que en muchos casos se impongan soluciones autoritarias en defensa de principios que modelaron y sirvieron de sustento a las sociedades de antaño.

Este tipo de comentarios los traigo a colación con motivo de la celebración del sesquicentenario de la fundación de Pereira. Y en especial, porque me sigue llamando mucho la atención la forma tan reiterativa en que se sigue haciendo mención de "recuperar el civismo pereirano", o de volver a "la edad dorada" que vivió la ciudad entre 1920 y 1950, cuando los empresarios, profesionales, comerciantes y grupos de elite en general, de manera mancomunada,

¹ *Historiador de la Universidad Nacional de Colombia –sede Medellín–; Magister en Ciencia Política de la Universidad de Antioquia; Doctor en Ciencias de la Educación, de Rudecolombia; Profesor Asociado de la Universidad Tecnológica de Pereira.*

compartieron los ideales de progreso y civilización que imperaban en el mundo occidental y crearon organizaciones cívicas, como la Sociedad de Mejoras Públicas en el año 1925 y el Club Rotario en 1934 (Ángel, 1994; Correa, 2009).

No cabe duda de que la pequeña aldea decimonónica cambió sustancialmente a partir de estos años, dejando atrás su fisonomía rural para dar paso a los procesos de modernización, tan característicos de las ciudades colombianas y latinoamericanas durante la primera mitad del siglo XX (Romero, 1976). Como relata Silvio Girón en su libro “Rastros y rostros del periodismo pereirano”, por aquella época –década de los años 20–:

(...) habían llegado los primeros 20 automóviles; se contaba con luz eléctrica propia; la mayoría de las calles estaban empedradas y algunas pavimentadas; teníamos teléfonos automáticos; el comercio mostraba su pujanza y ya se anticipaba el paso del ferrocarril que cruzaría los alrededores, trayendo superiores aunque no mejores formas de vida. Se conocieron novedosas mercaderías extranjeras, husos, máquinas de coser a pedal, hombres de ideas novedosas e interesantes, seres empujadores y progresistas, [aunque] también vividores, aventureros y malvivientes. Había entusiasmo y deseos de grandeza, acontecimientos cívicos que posibilitaron obras tan significativas como el Hospital Sam Jorge, el Aeropuerto, que convirtieron a la ciudad en ejemplo de civismo y progreso para la nación (...) (Girón, 1996: 95).

Pero esa evocación del pasado, esa especie de “mitificación” del civismo es necesaria pasarlas por la “criba” de la historia. Ya desde hace un par de años atrás pude empezar a hallar ciertas miradas críticas, como las del conocido sociólogo pereirano Óscar Arango (1989), quien advertía que el elogio desmedido al civismo de antaño ha terminado por esconder un conjunto más amplio de problemas que atraviesa la ciudad y a los cuales el Estado y muchos sectores de la elite les han dado la espalda, ocupándose exclusivamente de su lucro particular. Según Arango, el civismo se relaciona más con subordinación a redes sociales elitistas hegemónicas y clientelismo político de mil estirpes. Para Arango, tampoco resultaba coherente hablar de civismo en una ciudad con corrupción en las esferas gubernamentales, altas tasas de abstención y poca participación ciudadana en procesos de control social. Por lo mismo es que la alusión al civismo puede llegar a constituirse en una especie de velo sobre un campo de tensiones sociales y de demandas político-culturales sobre el reconocimiento, el pluralismo y la participación democrática, que no han sido abordados ni resueltos de manera satisfactoria y creativa por diversas entidades públicas o privadas. Quizás este es uno de los efectos paralizantes que tiene la desmedida “idealización” del pasado que tanto advertía Nietzsche en sus críticas intempestivas sobre los usos de la historia.

De ahí el título del artículo, de pensar el civismo en la relación dialéctica pasado y presente. No se trata entonces de volver a contar el historial de gestas cívicas, sino de replantear ciertos mitos del pasado cívico de la ciudad, particularmente la imbricación entre intereses públicos y privados en la gestión de la ciudad. Es necesario dar cuenta de los reversos o contracara del civismo, sus dispositivos excluyentes, sus prácticas de control social y el sinnúmero de fisuras sociales que no lograron ser cubiertas por el accionar de las entidades cívicas, lo que a su vez puede ayudar a explicar las dificultades que tuvieron estas organizaciones para que su accionar calara profundamente como legado de una cultura ciudadana más vital e incluyente durante varias generaciones de habitantes de Pereira hasta el presente. Porque quizás sea más conveniente en este momento, en este presente histórico, entender los procesos históricos no de una manera nostálgica –como si todo tiempo pasado hubiese sido mejor–, sino de un modo más crítico, que nos permitan mirar de frente el presente y el pasado, para descifrar esta ciudad desde sus caras ocultas; esa otra ciudad que emerge a diario desde los conflictos urbanos, la economía informal, los barrios populares, y las miles de historias anónimas de los ciudadanos de a pie y que aún están por ser contadas.

EL CIVISMO Y SUS MATRICES SIMBÓLICAS

Pretendemos hablar de cultura cívica a partir de un examen sistemático de las prácticas socializadoras y de los códigos culturales que eran de referencia común en la ciudad de Pereira, y que eran objeto de múltiples mediaciones comunicativas. Es necesario hacer referencia al problema de los imaginarios políticos y culturales de la primera mitad del siglo XX y la forma como estos se insertaban en el campo de los lenguajes y los discursos cívicos.

Siguiendo a Carlos Mario Perea (1996), entendemos que lo imaginario habla, en primera instancia, de los lugares de producción de sentido; y en segunda instancia, tendríamos que hacer referencia a los códigos de enunciación, de representación y escenificación de dicho discurso cívico. Lo anterior permite establecer unas matrices de la producción de sentido del civismo, que en los ejercicios de investigación los hemos hallado en la prensa, en los archivos institucionales, en algunos de los textos clásicos de la historia de Pereira, así como en algunos videos de la época que nos permiten comprender un poco más la “puesta en escena” del entramado de imágenes y valoraciones progresistas que tanto promovían las organizaciones cívicas de la ciudad. Es necesario entender el civismo no sólo en el recuento de sus obras, sino también desde el tipo de sociabilidades tejidas por las elites que posibilitaron la creación y acción de estas entidades, desde el discurso que era enunciado por la prensa, por los principales líderes cívicos de la ciudad y que los legitimaba ante el resto de la ciudad.

Nuestra pregunta por el discurso cívico nos lleva a identificar las matrices de dicho discurso. ¿Qué se entendía por civismo: la virtud, la solidaridad, la ciudadanía activa, el compromiso ciudadano, la tradición, la innovación, la ruptura?, ¿en qué aspectos radicaba la fuerza de su convocatoria para motivar la participación de los ciudadanos y fomentar una especie de moral pública que debía seguir los “buenos ciudadanos cívicos”?

El civismo que se promovía en las organizaciones cívicas de la ciudad tenía unas claras raíces republicanas. Se definía como el celo por el bienestar de la patria y las virtudes del buen ciudadano. Sus principios buscaban conciliar el progreso material y moral de la ciudad, mediante el supuesto altruismo de una “abnegada” clase dirigente que, con sus sacrificios, también buscaba motivar la participación de sus ciudadanos. Toda esta serie de afirmaciones hay que ponerlas entre comillas, para poder entresacar los significados sobre los cuales se justificaba la valoración del civismo, y que sin duda también se relacionaba con la aspiración de las elites de modernizar la infraestructura de la ciudad como un medio más de promover la inversión capitalista –rentable– en distintos frentes del desarrollo urbano. Y para ello promovieron los ideales del progreso sobre los cuales se cimentaba, en buena medida, la visión histórica occidental. Civismo era sinónimo de progreso y se relacionaba con una cantidad de organizaciones cívicas que existían en otras ciudades del país con miras a promover el adelanto “material” de la ciudad y “espiritual” de la ciudadanía. Se puede incluso afirmar que en gran medida el meridiano del desarrollo se hallaba más en este tipo de asociaciones de la sociedad civil que en el mismo Estado. Uno de los lemas que hicieron carrera en aquella época y que se proponía como modelo de la intervención política y social del Estado era el de “más administración y menos politiquería”. Ese espíritu renovador, de mutación de los rezagos del pasado y de mejoramiento social, también ayuda a explicar, para el caso de Pereira, la participación de los miembros de las logias masónicas en muchos de los frentes de progreso y mejoramiento espiritual de los residentes en Pereira.

Por otro lado, el civismo como doctrina política cimentó su arraigo en la mentalidad religiosa de la población. Sus códigos de significación y de constante puesta en escena pública (Balandier, 1994), nos permiten pensar en una especie híbrida de “religión civil”. Se pregonaban frecuentemente lemas de marcada connotación religiosa como “dar de sí sin pensar en sí”, como una forma de domar el espíritu insaciable de acumulación burguesa. Se hablaba de fervor, de espíritu cívico, palabras con un profundo significado religioso. De la exaltación en las palabras se pasaba a las obligaciones morales, respaldado además por un conjunto de doctrinas y de prácticas que se repetían casi de manera ritual². Una clara referencia de esto la podemos hallar en la revista

² *Revista Civismo, Manizales, SMP, Abril de 1946, p. 42.*

Civismo, editada por la Sociedad de Mejoras de Manizales –de amplia circulación en ciudades como Pereira y Armenia–, en la que a la par que se recordaba la importancia de celebrar la Semana Mayor y el buen comportamiento que se debía mostrar en las actividades litúrgicas, se publicó una columna titulada “Los mandamientos del civismo”, al final del artículo se decía “Estos diez mandamientos se encierran en dos: en servir y amar a la ciudad sobre todas las cosas y fortalecer en nosotros el sentimiento del civismo como parte esencial de nuestra vida”.

Incluso, la participación colectiva remite a la idea de una gran asamblea. Y como todo sistema religioso, también había lugar para las sanciones y las condenas morales. En consecuencia, el buen ciudadano se relacionaba en muchos sentidos con el buen cristiano, lo mismo que los hombres de bien, que por antonomasia, eran los hombres cívicos. Y el ciudadano que atentara contra este sistema era considerado como un “estorbo”, “un enemigo público, que debía llevar sobre su frente “un INRI afrentoso” (Olano, 1930).

Este carácter sacro del civismo era reforzado y ratificado además con la participación de los representantes del clero en las juntas directivas de la Sociedad de Mejoras y en la gran mayoría de obras cívicas de la ciudad. Al lado de los prohombres cívicos de la ciudad, como Jorge Roa Martínez, Carlos Drews, Santiago Londoño, Guillermo Ángel, Gonzalo Vallejo, Alfonso Jaramillo Gutiérrez, etc., aparecían los nombres de los padres Punset, Baltazar Álvarez y el recordado padre Antonio Valencia.

Considero que sobre estos pilares se construyó una especie de mitología provocadora de la pequeña “comunidad imaginada”, como diría Benedict Anderson (1993), que propició una idea romántica de unidad local, al modo de una especie de historia local sacra y monumentalizada. Por eso es factible decir que en muchos sentidos, la historia de la ciudad ha terminado por reducirse a la historia de las entidades cívicas.

LOS REVERSOS O CONTRACARAS DEL CIVISMO

Para darle sentido y pertinencia a este subtítulo es necesario asumir de entrada varios problemas: se debe entender el civismo como un discurso y una ideología de la elite que buscó proyectar sus intereses particulares y sus valores y códigos de distinción burgueses, “modernizantes” y cultos sobre el resto de la población. En muchos casos estos grupos, al detentar una alta posición política, social, cultural e incluso mediática, ejercían su poder en la prensa o en las corporación públicas como el Concejo Municipal, para que las obras y los recursos públicos que recaudaba la administración municipal fueron administrados directamente por la Sociedad de Mejoras Públicas, y sin ningún

tipo de veeduría por algún organismo de control ³. No fueron pocas las ocasiones en que la pesquisa en la prensa local evidenciaba ciertos problemas de legitimidad respecto al manejo de ciertos asuntos públicos de la ciudad. Para la muestra un par de ejemplos:

Ya en 1930 algunos sectores de la opinión pública se pronunciaban en contra de los “impuestos desesperantes”, que promovían la SMP bajo el amparo del Concejo Municipal. No sobra señalar que desde el año 1929 ya se sentían los efectos de la crisis económica mundial en la ciudad, lo que llevó a muchas personas a perder sus puestos de trabajo y vivir en la miseria. Al respecto se decía:

Pereira en este momento es una ciudad costosa ya que el interés por el progreso y el embellecimiento han llevado a sus dirigentes a aumentar los impuestos, creándose una situación insostenible para las clases bajas y medias. Cuantiosos empréstitos se han invertido en obras de comodidad y de ornato que constituyen un verdadero lujo [...] que quizás aún no podíamos proporcionarnos y del que no podemos enorgullecernos,... ¿Qué ganan estas clases infortunadas, qué gana un pueblo hambreado y arruinado, con calles pavimentadas, con amplias avenidas, con suntuosos edificios públicos? (El Diario, marzo 8 de 1930).

Más allá del tono crítico de la anterior nota respecto a la supuesta modernización de la ciudad y la calidad de vida que estas mejoras les proporcionaban a los habitantes de las clases sociales subalternas, también había pronunciamientos por el carácter excluyente de las entidades cívicas de la ciudad:

...hace mucho tiempo que en Pereira se ignora si realmente la Sociedad de Mejoras se está reuniendo y si está prestando o no su valiosa colaboración en obras de ornato, de cultura, de embellecimiento y de civismo que afanosamente reclaman... No creemos nosotros, ni puede creerlo nadie que esa táctica de misterio con que obra aquella entidad, que ni siquiera anuncia en dónde va a reunirse, pueda tener algún fundamento o pueda convenir a nadie. La SMP, lo hemos escrito más de mil veces, debería ser una entidad que sesionase ojalá al sol, al aire libre.

³ En los archivos del Concejo Municipal de Pereira se encuentran un sinnúmero de acuerdos que permiten ver la forma como se entretuvieron los intereses particulares en la gestión pública que adelantaba la SMP: Acuerdo No. 12 de febrero 9 de 1948: El Concejo aprueba un contrato suscrito entre el Personero (Eduardo Correa Uribe) y los señores Hernando Ángel Marulanda y Samuel Salazar sobre levantamiento topográfico y proyecto de nuevas vías, especialmente la carretera que unía a Pereira con Armenia; Acuerdo No. 13 de febrero 9 de 1948: Otro contrato de pavimentación entre el Concejo y el ingeniero Carlos Drews Castro, de 25 cuadras con pavimento asfáltico y 10 cuadras con pavimento cemento; Acuerdo No. 14 de febrero 9 de 1948: Otro negocio de Drews con Personero para “truequear” (sic) el Pago del Impuesto de Valorización por unos lotes que cede a nombre del municipio en zonas aledañas al aeropuerto.

[Se le criticaba a la SMP de manera irónica diciendo que era]... una entidad más secreta que la logia masónica. (El Diario, mayo 16 de 1942; junio 11 de 1942).

No cabe duda de que el accionar cívico de estas entidades ha dejado una huella histórica que no se discute y además se corresponde con el liderazgo que agencian las elites en determinados contextos políticos, sociales y culturales. Pero es claro que la adecuación de la ciudad, tanto en infraestructura como en higiene y ornato, servía a los intereses particulares de expansión capitalista en pleno auge de la economía cafetera.

Es un hecho verificable que las elites de la ciudad consolidaron de manera hegemónica su poderío económico –que ejercían a través de gremios o asociaciones productivas–, de la mano del importante rol que cumplieron las organizaciones cívicas. Ya se ha dicho que en estos espacios de nuevas sociabilidades se ponían en juego la honorabilidad, el buen gusto y la representación de los lazos familiares maritales católicos. Pero no se estaba poniendo en juego simplemente una visión decorativa u ornamental de las ciudades objeto de intervención de las sociabilidades cívicas; lo que realmente estaba en juego era todo un proyecto de cohesión y orden social, a través de la promoción del progreso material y cívico. Entender este proceso es de suma importancia, ya que se relaciona con el estudio de “la producción del poder social”, que va de la mano con el poder político y económico, pero que –según Carlos Forment (2002: 206) –, se relaciona “con el poder que generan los individuos cuando buscan establecer lazos estables y solidarios entre sí”.

Ese liderazgo cívico contribuyó a forjar un sentido de pertenencia y de arraigo, pero al mismo tiempo sirvió de acicate para establecer una competencia abierta con la vecina ciudad de Manizales. Con razón se ha dicho que el despertar de la conciencia cívica de los pereiranos tuvo como principal elemento movilizador sus diferencias con la clase política de Manizales que, en su mayoría, eran quienes definían la destinación de los recursos públicos del Departamento de Caldas. Esto obligó a los pereiranos a realizar las obras de progreso por cuenta propia y décadas más tarde propició la separación de Pereira del Departamento de Caldas y la creación del Departamento de Risaralda en el año 1967, proceso que también ha sido reconocido como parte de las grandes “batallas cívicas” en la historia de la ciudad.

Pero una mirada en retrospectiva sobre estos procesos de fragmentación del poder regional debería empezar a considerar las desventajas de estos “localismos”, más aún cuando se piensa en términos de ciudad-región (López y Correa, 2012). A comienzos de la década de los años 30 hallé un aviso publicitario publicado en El Diario a nombre de una autodenominada “Junta

de Defensa”, que invitaba a la gente de Pereira a “no consumir cerveza Poker; no comprar prensa que vaya contra de los intereses de la ciudad; No hacer comercio con Manizales; no educar sus hijos en Manizales”, etc. Y al final del aviso se decía que “estos preceptos los debía cumplir fielmente todo buen pereirano”. Haciendo un corto paréntesis, me preguntó: ¿este es el tipo de valores cívicos que debemos recuperar del pasado?

Habría otro aspecto por cuestionar respecto al civismo en cuanto a sus prácticas de control social. Lo problemático de estos procesos cívicos de movilización ciudadana radica en que cuando la vida pública se organiza en torno a las virtudes del civismo, es normal que se impongan unos recios valores morales, que incluso son acompañados de numerosas sanciones civiles para quienes afecten el orden o el ornato público. Como se señaló anteriormente, el cuidado de sí mismo, que pasaba por la higiene, la exhibición pública de las buenas maneras y el buen vestir, se complementaba con el cuidado de la ciudad. De este modo, el civismo pretendía forjar la ciudad como un verdadero “centro espiritual” o una “capilla interior”, en la que junto a la exaltación de los símbolos patrios locales y nacionales, se debía estar permanentemente en una actitud de auto inspección y sanción pública.

De ahí la obsesión con temas como la limpieza de la ciudad, con los usos del espacio público y la exhibición de buenas maneras en la ciudad, especialmente en parques, calles, sitios de culto religioso, sitios de concentración masiva, o incluso con la forma de contestar y usar los teléfonos o de ir vestido de manera impecable a ciertos clubes de elite de la ciudad. Esta excesiva normativización de la vida diaria buscaba superar los vicios de los sectores populares que en los debates raciales de los años 20 y 30 estaban asociados con la supuesta “malformación genética” de la población, producto de la hibridación cultural triétnica entre indígenas, negros y criollos.

Es decir, por un lado se alababa el progreso material y la vida en las urbes modernas, pero por otro lado, se tenía un profundo recelo por parte de las elites respecto a la presencia masiva de los sectores populares que llegaban a diario a la ciudad en un número cada vez mayor buscando nuevas oportunidades laborales y educativas o huyendo de la violencia en los campos entre liberales y conservadores.

Un aspecto sobre el que se debe hacer mención es sobre la importancia de ser “útil” en las ciudades cívicas. Por ende, el no servir, negarse a participar en obras cívicas, o estar desempleado, era un hecho execrable, como sucedió con empresarios extranjeros que no participaban en la gestación de obras cívicas o de personas nacidas en Pereira y que teniendo los medios económicos para invertir en el progreso de la ciudad, lo hacían en otras partes del país. La condena

era inmediata a estos “hombres estorbo”, como se dijo anteriormente. La ciudad se hacía entender como un esfuerzo colectivo, y por ende, en la “colmena” cívica no había lugar para los ciudadanos “zánganos” o “estorbos”.

Y es en este sentido que quizás la historia del civismo muestra ciertas facetas que se tornan problemáticas al pretender consolidarse como un medio de control social que a la par de volver difusos los límites entre lo público y lo privado, también promovía que se establecieran multas y variados mecanismos tributarios –haciendo las veces de Estado–, y llegando incluso a amenazar con imponer penas de prisión para quienes desobedecieran los mandatos cívicos de estas organizaciones. No bastaba con hacer referencia a las obligaciones sacras del civismo o a la historia de gestas compartidas que ayudaron a transformar las viejas aldeas en ciudades modernas, y en muchas ocasiones estas organizaciones cívicas recomendaban a la municipalidad que se impusiera la tributación obligatoria y penas para quienes no cumplieran con su deber cívico.

Lo que sorprende es que estos reclamos cívicos sucedieran precisamente en los años que se supone fueron la época de oro del civismo en Pereira. El Gerente de Rentas y Tesorero de la ciudad, en 1930, informaba a la opinión pública que:

(...) Pereira en cuestiones de Mejoras Públicas ha retrocedido unos 20 o 30 años, porque el espíritu de sus hijos dedicados a otras actividades ha olvidado por completo la obligación sacratísima que hay que servir a la ciudad. (...) es natural de que una Junta de Ornato no pueda sostenerse si lo único que dedican para ella es una improbable renta de avisos, que no producen con que pagar al individuo que vigila al parque. (...) hay que revivir el viejo espíritu cívico de los pereiranos que sufre una leve paralización momentánea, pero que con 2 o 3 gritos (sic) de alerta vuelve al punto a ponerse a la orden del día. (El Diario, junio 18 de 1930).

Otra modalidad que se puso en funcionamiento para recolectar fondos para las obras de ornato fue el impuesto a los avisos públicos en las calles y en los frentes de los negocios comerciales. Lo interesante es la forma como se apelaba a la imposición de criterios estéticos e incluso gramaticales y morales, que si bien estaban acordes con las normas de urbanidad de la época, sin duda también resultaban bastante punitivos, ya que como se podrá ver a continuación, tras haber sido formalizados legalmente por el Concejo de la ciudad, debían ser seguidos al pie de la letra por las personas particulares para evitar sanciones monetarias cuyo producido pararía a las arcas de la benemérita Sociedad de Mejoras Públicas:

El Concejo de Pereira, en uso de sus atribuciones legales”, adoptó “un Estatuto sobre avisos y carteles y se dictan otras disposiciones”. Sobre las

principales se rescatan las siguientes: a) “Consultarán indispensablemente la estética y el buen gusto”; (...) e) “No podrán atravesar de uno a otro lado sobre la vía pública, ni proyectarse hacia ella, sino hasta el borde del andén o límite de la calzada”, f) estarán redactados en correcto castellano y no se permitirán en ellos nombres o frases exóticos o de otros idiomas, excepto cuando se refieran a nombres propios de los dueños o concesionarios del negocio, o marcas de productos agenciados por la firma y originalmente provenientes de idiomas diferentes”.

Capítulo 2. Artículo 15: “La tesorería o la Sociedad de Mejoras Públicas de Pereira podrán verificar si el tamaño y característica de una valla que se va a instalar o la figura instalada coinciden realmente con las dimensiones suministradas por quién fue a solicitar su matrícula en el libro de Avisos y Carteles de la Tesorería”.

Capítulo 6. Artículo 40: “... al efecto, queda la Sociedad de Mejoras facultada para celebrar los contratos necesarios y fijar con los interesados los cánones mensuales o anuales en cada caso especial, procurando salvaguardar siempre sus propios intereses y las conveniencia del municipio”.

Artículo 42: “El producido íntegro de los impuestos a que se refiere el presente Acuerdo se destina como renta especial para la Sociedad de Mejoras Públicas de Pereira, la que los invertirá preferentemente en las campañas de ornato y mejoramiento de la ciudad”.

Artículo 43: “la misma Sociedad de Mejoras queda facultada para ejercer la necesaria vigilancia sobre los avisos, vallas y anuncios en general que se trata este Acuerdo, y para solicitar a cualquier autoridad de Policía la remoción de los que se fijan contrariando las disposiciones aquí contenidas, o que presenten errores ortográficos, o sean obscenos o por su mala confección no guarden relación con la estética, la comodidad o el bien gusto”. (Acuerdo, No. 108. Archivo Histórico Departamental de Caldas, septiembre 3 de 1959).

Se podrían mencionar otros aspectos críticos de la historia del civismo en Pereira, como por ejemplo, los que llevaron a que en los años 30 y 40 del siglo XX se produjera una confrontación muy fuerte entre lo que la prensa de la época denominaba como los blancos y los negros, una puja entre los notables de las buenas familias de Pereira y una nueva clase política emergente, en cabeza de Camilo Mejía Duque, que llegaron a afectar la composición de la junta directiva de la Sociedad de Mejoras Públicas, o que en ocasiones, se cuestionara y se

quitara el respaldo irrestricto del Concejo a la entidad cívica para el recaudo de dineros y ejecución de obras.

La crisis del civismo y la deriva de lo público en Pereira

¿Hasta qué punto la ideología cívica de los grupos de la elite realmente llegó a consolidar una cultura cívica que sirviera de soporte para una nueva identidad urbana y como factor central de un proyecto político, social y educativo que contribuyera a la cohesión social a lo largo del siglo XX?, pero además, ¿En qué medida aportó el civismo a la solución de los problemas generados por el crecimiento desbordado de la ciudad, la corrupción política, el desempleo y la arremetida del narcotráfico y las múltiples expresiones de la violencia urbana que desde unas décadas atrás vienen preocupando a la ciudadanía en general de Pereira?

Desde la perspectiva crítica que he asumido en este texto, espero haber demostrado que el civismo se asumió como un proyecto ideológico de corte elitista. En él se conjugaron criterios de distinción social, con algunas prácticas de paternalismo, control social y exclusión socio-cultural, que contaron con un amplio respaldo del clero local, constituyéndose en un mecanismo de cohesión social dentro de la sociedad en proceso de transformación. Se reafirmó así, la tríada “religión, moral y autoridad”, que sirvió de base al modelo modernizador propuesto por la elite de la época. Estas asociaciones voluntarias eran como una especie de “escuela” para pensar la sociedad en aspectos como la tradición, el vínculo social, la autoridad y los comportamientos aceptables y rechazables desde el punto de vista de la moral social imperante.

Sin embargo, en la prensa consultada se hallaba una queja reiterada sobre la pérdida de civismo de los pereiranos. Lo anterior nos lleva a pensar en si realmente hubo una época dorada, de florecimiento de los vínculos cívicos, como si se tratara de una especie de euritmia colectiva. Quizás por eso en muchas ocasiones fue tan recurrente la sanción social y punitiva para “obligar” al civismo, entre una población recién llegada del campo, analfabeta y quizás con poco vínculos “identitarios” con la ciudad.

En otros momentos se cuestionaba el alcance del progreso material, mientras que el nivel educativo y cultural estaba bastante rezagado. No hay que olvidar que en estas ciudades la universidad ha sido, a mi modo de ver, un proyecto tardío. Euclides Jaramillo decía, en 1927, que se había progresado mucho en calles y plazas, carreteras y comercio, pero que ese progreso no era suficiente para colmar sus aspiraciones de pereiranos comprensivos. Reclamaba que al unísono de los rieles que se tienden y de las calles que se rompían a diario, también hacía falta “una grandiosa lectura de las obras que eduquen, que moralicen y que instruyan” (Jaramillo, 1927, en Gil, 2002: 39).

Como sucedió en otras ciudades de Colombia, las instituciones cívicas se quedaron relegadas hacia finales de los años 60 y comienzos de los años 70, cuando muchas de sus labores de intervención urbana fueron asumidas por el Estado. Quizás no hubo un adecuado relevo generacional que interpretara e interviniera adecuadamente en el nuevo contexto social de aquellos años, caracterizados por un notable desborde popular. Muchas de estas asociaciones cívicas se limitaron a vivir nostálgicamente de su pasado glorioso, del ornato de calles y parques céntricos, de promover la exaltación de una memoria patria que no tenía nada que ver con las luchas y demandas sociales de este periodo.

La “ciudad prodigio”, la “ciudad sin puertas”, “la ciudad en la que no hay forasteros, porque todos somos pereiranos”, ha empezado a cuestionar la llegada de migrantes de todas partes, apáticos frente a lo público y con poco sentido de pertenencia. El líder cívico Rafael Cuartas Gaviria reconocía que en Pereira se “había recibido una avalancha de inmigrantes de todas las condiciones”, en los que había más malos que buenos, que hizo que la ciudad se llenara de indeseables que crearon mil complicaciones y problemas. Es evidente que cuando los valores del civismo demarcan tan tajantemente lo normal y lo patológico de una ciudad, es porque sus imaginarios de ciudad cívica están bastante extraviados.

CONCLUSIONES

Tratar de construir identidad cívica sobre una doble obliteración –su ausencia actual y su desconocimiento como práctica de control social–, abre espacio para una mitificación del civismo como proceso histórico y proceso social, como si todo tiempo pasado hubiese sido mejor y como si el presente fuese una deformación del molde “original” de los pereiranos cívicos.

Cuando se dejan de considerar las condiciones específicas que permitieron que afloraran este tipo de organizaciones, y se desconoce la forma en que los intereses particulares de las clases dominantes se hicieron pasar como lo intereses generales de la ciudad, se cae fácilmente en la “monumentalización” del pasado y se sigue haciendo el juego a la memoria de unos prohombres que hicieron la ciudad –como si fuera un patrimonio familiar de ellos– y no se reconoce la ciudad como un proyecto colectivo, incluyente, que en medio de sus transformaciones modernas capitalistas, también fue acumulando una serie de problemáticas sociales, políticas, económicas y culturales. Estos problemas ponen en duda el título de Pereira como la “capital nacional del civismo” y nos obligan a verla como una ciudad “muy colombiana”, con toda las problemáticas comunes del país, y algunas más graves, como en el caso de la violencia juvenil, el desempleo, el clientelismo y la corrupción.

En lo que respecta a las entidades cívicas se nota una pérdida ostensible de liderazgo frente a los grandes problemas que aquejan a la ciudad. En muchos casos han reducido su accionar a un plano muy asistencialista, a participar en actos conmemorativos en los que se “imponen” medallas cívicas entre sus mismos miembros. A lo sumo se adhieren al clamor por la pérdida del “fuego sagrado del civismo”, pero no participan en acciones significativas que resignifiquen el contenido y el sentido de la participación ciudadana. Esporádicamente participan en algunas actividades lideradas por la Cámara de Comercio de Pereira, como “El primer ladrillo” y “El parque temático de Flora y Fauna”, con el que se quiere retomar el civismo de antaño, pero es evidente que allí prima una visión poco incluyente de Marketing Territorial, que además debe negociar con un sinnúmero de intereses privados y politiqueros que han afectado su puesta en marcha dentro de los plazos inicialmente presupuestados.

Referencias

- ANDERSON, Benedict. (1993). Comunidades imaginadas. Reflexiones sobre el origen y la difusión del nacionalismo. México: Fondo de Cultura Económica. 320 p.
- ÁNGEL, Hugo. (1994). La gesta cívica de Pereira –S.M.P.– Pereira: Papiro, 472 p.
- ARANGO, Oscar. (1989). PEREIRA, años 80. Pereira: FUNDERALDA. 178 p.
- BALANDIER, Georges. (1994). El poder en escenas. De la representación del poder al poder de la representación. Barcelona. Editorial Paidós. 192 p.
- BAUMAN, Zygmunt. (2005). Amor líquido. Acerca de la fragilidad de los vínculos humanos. México: Fondo de Cultura Económica. 203 p.
- CORREA, Jhon Jaime. (2009). “El discurso del civismo en Pereira o la sacralidad de lo público durante el siglo XX”. En: Historelo, Vol. 1, No. 2.
- CORREA, Jhon Jaime. (2014). Civismo y educación en Pereira y Manizales (1925-1950): un análisis comparativo entre sus sociabilidades, visiones de ciudad y cultura cívica. (Tesis Doctoral Laureada). Doctorado en Ciencias de la Educación. Pereira: Rudecolombia. 334 p.

- FORMENT, Carlos A. (2002). “La sociedad civil en el Perú del siglo XIX: democrática o disciplinaria”. En: SABATO, Hilda (Coord.). Ciudadanía política y formación de las naciones. Perspectivas históricas de América Latina. México: Fondo de Cultura Económica, El Colegio de México. 449 p.
- GIL, Rigoberto. (2002). Pereira: Visión caleidoscópica. Pereira: Publiprint.
- GIRÓN, Silvio. (1996). Rastros y rostros del periodismo pereirano. Pereira: Fondo Mixto para la Cultura y las Artes de Risaralda. 164 p.
- LÓPEZ, Jairo y CORREA, Jhon-Jaime. (2012). “Disputas por la centralización/descentralización administrativa del Viejo Caldas: apuntes para el estudio de los casos de Manizales y Pereira”. En: Anuario Colombiano de Historia Social y de la Cultura, Vol. 38, No. 2 (julio-diciembre). Bogotá: Universidad Nacional de Colombia. pp. 187-216.
- OLANO, Ricardo. (1930). Propaganda cívica. Segunda Edición. Medellín: Ed. Bedout.
- PEREA, Carlos-Mario. (1996). Porque la sangre es espíritu. Imaginarios y discurso político en las elites capitalinas (1942-1949). Bogotá: IEPRI. 222 p.
- ROMERO, José Luis. (1976). Latinoamérica, las ciudades y las ideas. Buenos Aires: Siglo Veintiuno Editores. 396 p.